

SISTEMAS Y TÉCNICAS DE CULTIVO EN LA ISLA DE FUERTEVENTURA

P O R

ALEJANDRO GONZÁLEZ MORALES

0. INTRODUCCIÓN

La isla de Fuerteventura es la más oriental del Archipiélago canario, dista aproximadamente 100 Kms. de Cabo Jubi (Sáhara Occidental). Presenta una forma alargada en dirección NE-SW, siguiendo la línea de debilidad a partir de la cual emanaron las lavas y materiales que la configuran; sólo en su parte meridional sufre una ligera inflexión (península de Jandía) con dirección ENE-WSW.

Después de Tenerife es la más extensa del Archipiélago, con una superficie de 1.662 Km.² incluida la Isla de Lobos. No obstante, sus alturas son muy moderadas. Las máximas estribaciones se ubican en el macizo de Jandía (Pico de la Zarza, 807 m.), aunque en el complejo del Macizo de Betancuria existen igualmente montañas que sobrepasan los 600 m. (Gran Montaña, 708 m.; Carbón, 606 m.).

Presenta un relieve muy suave y ondulado debido a la edad de los materiales —comenzó a formarse la isla de Fuerteventura en el Terciario (Mezozoico)— y, sobre todo, a la acción de la erosión por las peculiares condiciones climáticas (altas temperaturas, escasez de precipitaciones, fuerte evaporación y evapotranspiración y vientos de considerable fuerza y persistencia a lo largo del año).

En tal sentido, y producto de la combinación de los elementos estructurales con los propios climáticos, es posible diferenciar una serie de comarcas o grandes unidades morfoclimáticas en la isla.

A) El Macizo de Betancuria, donde se encuentran los materiales más antiguos de todo el conjunto insular, incluso aflora el zócalo sedimentario (Mezozoico), está configurado principalmente en su base por materiales del piso basal que configuran una densa malla de diques entrecruzados, hialoclastitas y pillow-lavas (lavas almohadilladas). Se superponen a este primer piso las intrusiones plutónicas constituidas por rocas básicas y ultrabásicas (gabros, piroxenitas, etc...) y, por último, tenemos las intrusiones sieníticas (Mioceno) —que atraviesan el resto del complejo basal— y el complejo circular (Cone-Sheet) de Vega de Río Palma, de materiales traquíticos y fonolíticos. La intensa acción erosiva y antrópica impide al afianzamiento de la vegetación, encontrándose sus laderas altamente descarnadas, lo cual dificulta terriblemente el cultivo en la zona. En la actualidad, ésta se concentra únicamente en los lechos del barranco (Foto 1).

B) La península de Jandía constituye la unidad estructural mejor diferenciada de la isla al estar separada del resto por el Istmo de la Pared. La atraviesa en dirección NE-SW el macizo del mismo nombre, que la separa a su vez en dos subunidades. La del barlovento presenta una costa más abrupta y las laderas del macizo son de una fuerte pendiente; en tanto que la plataforma costera, prácticamente es inexistente. A esto se le suma un pertinaz régimen de fuertes vientos que dificultan, sobremanera, la vida agrícola de la zona; sus efectivos ganaderos tampoco son destacables. En cambio, la vertiente de sotavento presenta unas mejores condiciones para el desarrollo de la vegetación (el viento sopla con menor intensidad, existen numerosos barranquillos cuyos materiales de arrastre han conformado en la desembocadura auténticos abanicos coluviales y, sobre todo, la plataforma costera es más amplia, aunque ésta

en buena parte se halla cubierta por arenas organógenas que conforman las playas y campos de dunas de sotavento.

En cualquier caso, tanto esta comarca como la anterior son las que presentan un menor aprovechamiento agrícola de todo el conjunto insular.

C) En la comarca septentrional, formada por los municipios de la Oliva y el norte de Puerto del Rosario, destacan, desde la óptica del medio natural, el Malpaís del Bayuyo formado por escorias lávicas de la Serie IV (Fuster, J. M. et al. 1968) de edad Holocena y el Jable de Corralejo, ecosistema dunar que abarca la parte nororiental de la isla, precisamente del pueblo homónimo hasta Montaña Roja (312 m.).

El resto de la comarca lo conforman fértiles suelos con alto contenido de limos, sobre todo en las cuencas, y arcillas en los lechos de los barrancos, aunque tienen el gran inconveniente de las adversas condiciones climáticas para su óptimo rendimiento. Es una zona dedicada fundamentalmente a cereales y leguminosas por el sistema de gavias que explicaremos más adelante. En Villaverde y aledaños (La Oliva) se utiliza el «arenado» al igual que en la vecina Lanzarote, que consigue alcanzar una mayor productividad por sus peculiares características de las que nos ocuparemos también con posterioridad.

D) Por último, tenemos el resto de la isla o comarca oriental, que abarca prácticamente desde Montaña Roja hasta Matas Blancas (Istmo de la Pared). Se distinguen dos grandes subunidades: Los valles interiores que recorre la isla de Norte a Sur por el espacio central y la llanura costera «aplanada» por las transgresiones y regresiones marinas del Cuaternario. En ésta última se hallan los valles en «U», su particular forma se debe a que los lechos han sido tapizados por raíces de glaciares cuya única incisión es la practicada por las riadas del Holoceno y, por supuesto, de las actuales (Foto 2).

A pesar de constituir una zona amplia y casi homogénea en su configuración, existen multitud de comunidades vegetales que dan diversidad a este monótono paisaje. Esto en la agricultura se plasma en una clara diferenciación zonal, el Norte

queda fundamentalmente cultivado de leguminosas y cereales en gaviás, mientras en el Sur el regadío tiene mayor presencia, siendo en esta ocasión los principales cultivos el tomate y, en menor medida, la alfalfa.

Esta estructuración de la agricultura majorera se da en la actualidad, aunque no siempre han tenido la misma importancia en la economía isleña estos cultivos. Todo ello obviamente está en función del papel que el modo de producción dominante (el Capitalista) le ha reservado, en la Formación Social Canaria, al espacio majorero y, éste no es otro que permitir la reproducción del sistema, aportando mano de obra barata, permitiendo la autosubsistencia del propio campesino y su familia, así como de abastecer de algunos productos al mercado insular.

En efecto, desde la conquista la isla tiene en la agricultura uno de sus principales baluartes económicos, cosechando de forma principal trigo y cebada —que en años de lluvia permitía abastecer a buena parte del Archipiélago, de ahí el sobrenombre de «granero de Canarias» (Roldán Verdejo, 1977)— y recolectando orchilla para su exportación; tanto en uno como en otro caso las técnicas eran muy arcaicas y rudimentarias, lo cual mermaba considerablemente la productividad del campo. Con el transcurso del tiempo se afianza el cultivo de los cereales, alcanzando su época de mayor esplendor en el siglo XVIII.

En general, por las especiales características que presenta la isla, tanto naturales (adversas condiciones físicas) como humano-sociales (poblamiento, estructura de la propiedad de la tierra, escaso desarrollo de las fuerzas productivas, etc...), ésta no ha mantenido una evolución similar al resto del Archipiélago —en especial con las islas centrales—, así la gama de cultivos que se suceden en el tiempo es bien distinta de la presentada en Gran Canaria y Tenerife.

A la orchilla le suceden en el siglo XVIII como cultivos de exportación la cochinilla, la barrilla, aunque éstas tampoco tendrán excesiva fortuna, pues a comienzos del XIX el descubrimiento de las anilinas y de las sosas químicas, respectivamente, dan al traste con su explotación.

Tras una serie de fallidos intentos para introducir nuevos cultivos, durante el siglo decimonónico y primer tercio del actual, se llega a la década de los años treinta, que es cuando se introduce el tomate, afianzándose de manera paulatina hasta hoy día, constituyendo en estos momentos el único cultivo de exportación.

En cualquier caso, no todos los cultivos son realizados con similares técnicas y sistemas, pues en la Formación Social Mayorera se articulan diferentes modos de producción —eso sí, el capitalista es dominante y determinante— que se dedican a cultivos diversos. En tal sentido, cabe afirmar que al modo de pequeña producción mercantil se asocian las leguminosas, cereales, papas y algunas hortalizas (coles, zanahorias, ajos, etc...).

En cambio, el capitalista se ocupa de forma exclusiva de las explotaciones de tomates; mientras que una tercera forma de producción subcapitalista, a caballo entre ambas, se especializa igualmente en el cultivo del tomate y la alfalfa.

En definitiva, son los condicionantes físicos los que permiten en un primer momento la introducción de determinados cultivos en la isla, aunque son, sobre todo, causas de carácter socio-económicas las que terminan de explicar la mayor o menor presencia de éstos en la isla. En síntesis son el desarrollo de las fuerzas productivas, la mayor penetración del MODO DE PRODUCCION CAPITALISTA, e incluso, la mayor presión demográfica la que obliga a cultivar de unas determinadas formas que se diferencian sustancialmente de las del pasado como tendremos ocasión de demostrar más adelante.

1. EL MEDIO NATURAL: UN CONDICIONANTE SALVADO POR EL DESARROLLO TECNOLÓGICO

Los condicionantes naturales, como la geología, el relieve y la edafología, no constituyen inconveniente alguno para el desarrollo de la actividad agraria.

En efecto, los materiales al ser antiguos están muy erosionados, lo que ha permitido la formación de suelos profundos, sobre todo, en el fondo de los valles y barrancos y, en menor medida,

en las llanuras interiores y costeras. Las pendientes del relieve son suaves, si exceptuamos algunos escarpes del macizo de Jandía y Betancuría constituyendo, en cualquier caso, estribaciones de escasa altitud. Así, la mayor parte de los materiales son puros, limosos y en algunos casos arcillosos.

No obstante, existen zonas que impiden su ocupación agrícola por la falta de suelos como son:

a) Los malpaíses debido a erupciones recientes (Holoceno), con lo que todavía no ha transcurrido tiempo suficiente para formarse suelo.

b) Los suelos salinos y organógenos que se denominan «jables», se encuentran formando campos de dunas y cubren algunas llanuras costeras.

En Lanzarote, en cambio, estos suelos son empleados en el cultivo de batatas, melones y sandías, pues, en ningún caso, el grosor de los mismos impide a la planta llegar al suelo fértil y absorber las sustancias necesarios para desarrollarse.

c) Por último, los suelos de laderas muy pendientes donde, prácticamente, es inexistente la vegetación.

Por el contrario, el auténtico handicap para el desarrollo de una vigorosa vegetación es el clima. Fuerteventura presenta una escasez manifiesta de precipitaciones —menos de 200 mm. anuales— y, sobre todo, la irregularidad interanual y estacional de las mismas impiden que se disponga de suficiente agua para el cultivo. Entre otras cosas porque la alternativa que supone las aguas subálveas tampoco es válida debido a lo mermado que se encuentra el acuífero y, sobre todo, a la mala calidad de las mismas —excesivamente salobres para muchas plantas—, lo que limita terriblemente la gama de cultivos en la isla. En cualquier caso, la falta de humedad en las islas se atenúa con la altura, pero precisamente Fuerteventura carece de éstas.

A la pertinaz sequía que padece la isla se le une una fuerte insolación, que se traduce en una nada desdeñable evaporación y evapotranspiración. Las temperaturas son suaves durante el invierno (entre 15 y 20° C) y bastante calurosas en verano, con numerosos días que sobrepasan los 30° C de temperatura.

La consecuencia de estas adversas condiciones climáticas es una reducción importante de la gama de cultivos susceptibles de ser explotados. En definitiva, el clima de la isla de Fuerteventura, según la clasificación de Papadakis, es de verano café y, según la clasificación de Köppen Bsh“n”. La evapotranspiración se sitúa en valores superiores al millar.

Estas condiciones macroclimáticas hacen pensar en un auténtico desierto por lo que necesariamente deben ser matizados, pues la propia acción humana no sólo ha permitido disminuir los efectos de tan adversos factores, sino que incluso algunos de ellos han sido utilizados por el hombre en su propio beneficio; pongamos por caso, las altas temperaturas de todo el año que permiten cultivar en cualquier fecha, o incluso la propia lluvia torrencial convenientemente encauzada puede llenar las gavias y nateros de la isla.

En cualquier caso, el clima constituye el mayor handicap natural de la isla y, hasta fechas relativamente recientes, cuando el alto grado de desarrollo de las fuerzas productivas permite «domesticarlo» en buena parte, ocasionó numerosas catástrofes en el campo majonero (Roldán Verdejo, 1977 y Millares Cantero, 1978).

En definitiva, como dice López Ontiveros «...interrogarse sobre si el medio descrito es bueno o malo es una falacia, porque geográficamente casi siempre es posible encontrar medios más revulsivos o más idóneos que los estudiados» (López Ontiveros, 1968).

En efecto, este es el medio natural con que cuenta la isla y a él tenemos que atenernos, lo que verdaderamente nos interesa es de qué forma el hombre ha tratado de adaptarse a él o de qué otra manera ha conseguido modificarlo, para ello es inevitable analizar la acción humana sobre el mismo. Entendemos que ésta, en algunas ocasiones, ha resultado beneficiosa y en otras no sólo insuficiente sino perjudicial. Sin embargo, no está en nuestro ánimo realizar una crítica del comportamiento humano, sino enjuiciar su obra en relación con el medio, lo cual evidentemente nos proporcionará algunas pautas de su conducta.

2. LA ACCIÓN HUMANA: EL PRINCIPAL FACTOR QUE POSIBILITA CAMBIOS PROFUNDOS EN EL ESPACIO RURAL

La isla por las especiales funciones que le han reservado tradicionalmente los modos de producción dominante ha jugado un papel secundario en la Formación Social Canaria.

En efecto, el M.P.C. dominante y determinante en la mencionada Formación ha estructurado el espacio mayorero como auténtica «periferia» al servicio de las islas «centrales», que a la vez son periferia del Capitalismo Europeo. En este sentido, la actividad económica desplegada en la misma desde su conquista ha estado supeditada a las decisiones y demanda del «Centro», lo cual provoca que la población activa sufra las crisis periódicas que dicha forma de producción ha tenido en los últimos cinco siglos de historia. En este sentido, cualquier crisis «cíclica» se traduce inmediatamente en unas salidas forzadas del territorio, la mayoría de las veces a las capitales de ambas provincias y, en el peor de los casos, a ultramar. Con todo, la emigración constituye un factor casi estructural de nuestra Formación Social (Bethencour Massieu, 1981).

Es, asimismo, digno de mención el fuerte crecimiento vegetativo experimentado durante la actual centura y, sobre todo, a partir de los años treinta, tanto por el importante retroceso registrado en las tasas de mortalidad como por el estancamiento de los índices de natalidad en unos valores relativamente altos.

Este fuerte crecimiento vegetativo, hasta fechas relativamente recientes, no se ha traducido, sin embargo, en un similar crecimiento real de la población por la citada importancia que alcanza la emigración. En la actualidad, la realidad se ha modificado sustancialmente. Desde mediados de los setenta las tasas de natalidad se han atenuado y la tradicional «válvula de escape» que suponía la emigración se ha cerrado, manteniendo en estos momentos un comportamiento contrario, es decir, que el número de entradas supera al de salidas. Éstas no sólo se deben a antiguos emigrantes que ahora retornan, sino, igualmente, a la llegada de penínsulares para ocupar destacados

puestos en la administración, y de extranjeros —inversores en el sector turismo, convirtiéndose éste último en el auténtico motor de la economía isleña en la actualidad.

La población activa, hasta bien entrada la década de los sesenta, pertenecía fundamentalmente al sector primario, y dentro de éste destacan de forma particular los agricultores y ganaderos. El resto de los sectores prácticamente carecen de importancia si exceptuamos algunas profesiones artesanales y ciertos servicios. En la actualidad, el principal sector lo constituye el terciario por el importante crecimiento que ha experimentado el turismo y los servicios. Con todo, la actividad ganadera y agrícola, a pesar de reducir considerablemente el número de sus efectivos y las explotaciones con o sin tierra, ocupan el segundo lugar, conformando estos tres (agricultura, ganadería y, sobre todo, el turismo y su subsidiario la construcción) los pilares básicos de la economía majorera en estos momentos.

El nivel cultural constituye otro de los graves handicaps para la introducción de mejoras en el campo, a pesar de ello la penetración del modo de producción capitalista y las consiguientes mejoras técnicas han «revolucionado» el subsector del tomate en la isla, tanto en los sistemas como en las técnicas, como veremos con posterioridad.

Por otro lado, la estructura de la propiedad de la tierra, eminentemente concentrada en manos de unos pocos señores terratenientes y absentistas, ha impedido la expansión del mencionado modo de forma más amplia en la isla.

Son unas cuantas familias las que controlan buena parte de la propiedad de la tierra en la isla, quedando, por el contrario, un gran número de personas desposeídas, cuya única opción es emplearse como jornalero o aceptar contratos de medianería, e incluso en el peor de los casos, se han visto obligados a abandonar su antigua actividad por alguna otra (servicios, construcción, turismo...) o salir de la isla en busca de trabajo. La pequeña propiedad tiene igualmente una relativa importancia, pero en modo alguno permite la subsistencia de una familia por lo cual se ven obligados a desarrollar otra actividad fuera del sector agrario (trabajo a tiempo parcial), que la

mayor parte de las veces termina convirtiéndose en trabajo principal.

El régimen de tenencia de la tierra en la actualidad, y de manera abrumadora, es la propiedad directa; aunque también existan algunas explotaciones bajo arrendamiento (capitalista) y otras en medianería (precapitalistas) que tuvieron mayor fortuna en el pasado, y que en la actualidad su presencia es casi testimonial con respecto a los «otros regímenes de tenencia». La situación es controvertida, pues si bien en los principales términos su presencia es escasa, en otros municipios como Betancuria incluso supera a la propiedad directa (Censo Agrario de 1982, I.N.E.).

En efecto, bajo modos de producción precapitalista se hallan las pequeñas propiedades y algunas de las de medianería, caracterizada por una baja composición orgánica del capital, por mantener mano de obra familiar, escaso consumo de insumos, por producir para la propia autosubsistencia o abastecimiento del mercado interno. Las restantes se pueden calificar de capitalistas, es decir, con una alta composición orgánica de capital, fuerza de trabajo asalariada y comercialización exterior de los productos.

3. LAS TÉCNICAS DE CULTIVO: DESDE EL ARCAISMO HASTA LA INNOVACIÓN

Éstas son muy diferentes en los secanos, destinados a la subsistencia, que en los regadíos, orientados hacia el mercado exterior. Mientras que para los primeros el fin primordial consiste en cubrir las necesidades básicas de la familia campesina, sin preocuparse en gran medida por aumentar la productividad y los rendimientos de sus explotaciones. En el segundo caso, la mejora de las técnicas constituye su principal preocupación, pues, su viabilidad económica depende en buena medida de ello. En efecto, no hay que olvidar que dichos productos están insertos en una economía de mercado con alto grado de competitividad.

En los cultivos de secano el trabajo es muy intenso y conti-

nuado a lo largo de todo el período agrícola, caracterizándose por una casi absoluta inexistencia de maquinaria, utilizando, en consecuencia, unas rudimentarias técnicas. Esta situación se explica en función de los escasos rendimientos que proporciona tal agricultura, impidiendo cualquier posible acumulación y, por ende, la necesaria capitalización. En cualquier caso, el «boom» turístico y los cuantiosos trasvases de capital y mano de obra, impiden, más aún si cabe, el relanzamiento de esta agricultura en la isla.

Esta falta de iniciativas, y el consiguiente estancamiento, se manifiesta de múltiples maneras: baja producción, escaso empleo de maquinaria —en contrapartida gran empleo de la fuerza de trabajo familiar— y deficiente difusión de las técnicas agrícolas debido al notorio aislamiento que ha mantenido la isla en su historia.

El precario empleo de maquinaria no se manifiesta sólo en la agricultura de pequeña producción mercantil, también es extensible a las grandes explotaciones dedicadas al cultivo del tomate. No obstante, desde mediados de los años sesenta (según información de la C.O.S.A.) hasta la actualidad se ha incrementado de manera considerable la maquinaria agrícola y, parece que esta tónica se mantendrá en el futuro si no cambian las relaciones sociales y de producción en el agro mayorero. En efecto, la expansión del riego por goteo a la práctica totalidad de las explotaciones de tomates, así como la introducción de nuevas técnicas de semilleros y de híbridos altamente productivos y resistentes a las condiciones climáticas de la isla, auguran un alentador futuro para dicho cultivo.

Otro hecho, muy significativo, es que en una isla donde la cabaña ganadera constituye junto con el tomate la principal actividad agraria, sólo existen ocho ordeñadoras mecánicas, perteneciendo cuatro de ellas a una misma explotación ubicada en Gran Tarajal (Tuineje). Esto nos confirma, una vez más, el secular atraso a que está sometida la isla y el consiguiente anquilosamiento en técnicas tradicionales de explotación extensiva y muy poco productivas.

Asimismo, llama poderosamente la atención la multiplicación de motores agrícolas en los municipios de Tuineje, Anti-

gua y Pájara, constituyendo estos municipios la principal área tomatera de la isla, sobre todo el primero de ellos.

La utilización del molino de viento, a pesar de constituir una técnica tradicional de tracción eólica para elevar las aguas subálveas, son muy efectivos para la isla por la regularidad y fuerza del viento.

Las labores agrícolas no varían significativamente del resto del Archipiélago, aunque la mayor semejanza la mantiene con la vecina isla de Lanzarote.

En otoño comienzan las labores de acondicionamiento del terreno, mientras en primavera se empieza a recoger los primeros frutos de la tierra; no obstante, la época de mayor recolección se centra entre finales de la anterior estación y principios de verano. Esto, en modo alguno, es extrapolable al cultivo del tomate debido, fundamentalmente, a su carácter estacional y a su cultivo forzado. En efecto, si bien se planta en otoño, ahora se recoge el fruto en invierno y primavera cuando precisamente los mercados europeos están más desabastecidos de dicho producto.

Las labores varían según el tipo de cultivo. En los cereales y leguminosas se extienden las semillas a «voleo» sobre la gavia y, luego se cuida de que no crezcan malas hierbas (escarda), aunque esta labor no es general en todas las explotaciones.

Las papas, aparte de la propia labor de escarda, necesitan, asimismo, el «sacharlas», es decir, acercar la tierra a la planta, que en Fuerteventura también se le conoce con el nombre de «arenada». En otros lugares (Tenerife) del Archipiélago recibe el nombre de «encolmar» (Álvarez Alonso, A., 1976). Ello justifica que en ningún momento el tubérculo puede quedar descubierto y sea quemado por el sol. Asimismo, existe otra operación que consiste en «sulfatar», tendente a endurecer las hojas de la planta para que los cambios de temperatura y la fuerte radiación solar no queme las hojas e impida el normal desarrollo del tubérculo. Generalmente las tierras no se abonan, éste se reserva, en casi su totalidad, para el cultivo del tomate, por lo que necesita para su regeneración de prolongados barbechos, intercalados, en ocasiones, con cultivos que

regeneran el nitrógeno de la tierra, como ocurre con el millo después de una cosecha de trigo o cebada.

Sin duda alguna, el cultivo que ha experimentado una mayor evolución en sus técnicas es el tomate, pasando de un tradicional sistema de semillero al aire libre, que consistía en plantar las semillas y darle un abundante riego —lógicamente dicho semillero se ubica sobre un terreno preparado para tal fin— hasta que las plantas «rompan» (el tallo comienza a salir de la tierra), cubriéndose de hojas de palmeras para evitar un excesivo recalentamiento de la tierra. Otro sistema es el de la «máquina de turba», que consiste en una serie de «planteles» de turba con un determinado número de semillas, que tras su brotación son transplantados al campo de cultivo. Hoy día, predomina el denominado «sistema de enanismo», que se realiza en unos casetones de corcho colocados a 30 cm. del suelo y bajo invernaderos, regándose por aspersion (2 ó 3 veces en semana) hasta que «revientan» las semillas, que bajo tal sistema desarrollan poderosamente sus raíces, pero no así su tallo, permitiendo al agricultor-cosechero dominar y controlar mejor la cosecha, pues, incluso, se puede forzar el cultivo para determinados días del mes. Este revolucionario sistema se ha impuesto con absoluta rotundidad por las grandes ventajas que ofrece, ya que ahorra agua. El tomate se cultiva bajo la técnica del «arenado», práctica que se emplea igualmente para otros cultivos, pero que en éste alcanza su mayor significación. Consiste en cubrir el suelo mineral con una capa de picón, «lapilli», o «arena» con el fin de que las plantas se beneficien de una serie de condiciones favorables:

a) Retención de la humedad del suelo, al dificultar la capa de picón las pérdidas de agua del suelo por evaporación, obteniendo así, lógicamente, la mayor cantidad de agua disponible para su desarrollo.

b) Por la propia naturaleza higroscópica de la «arena», ésta condensa la humedad atmosférica cuando desciende la temperatura por la noche, recogiendo de esta manera los grandes rocíos nocturnos, y manteniendo el suelo húmedo aun en las épocas más secas.

c) El «colchón» que forma la arena sobre el suelo actúa de capa protectora y aislante, regulando por tanto la temperatura del suelo, atenuando así los grandes contrastes térmicos debido a la oscilación diurna. Es lo que se conoce como efecto «mulching».

d) El propio color negro del picón permite una mayor absorción de los rayos solares y una menor reflexión de los mismos conservando una alta temperatura interior durante la noche.

e) La capa de arena evita que el viento y el agua arrastren el suelo de asentamiento del cultivo.

No todos los «arenados» son iguales, estas cualidades cambian por las propias condiciones y características del arenero; hay de diferentes colores, desde un negro azabache hasta un marrón rojizo. El propio tamaño de las vacuolas o poros de filtración es variable, siendo de mejor calidad cuanto mayor número de perforaciones presenta, pues tardan más tiempo en obturarse y, por tanto, el arenado puede tener una mayor duración que se establece en torno a los diez años. En los «bancos» de picón o «areneros» ubicados en los conos de «cinder» o piroclatos, la arena se puede presentar apelmazada o suelta, siendo más cotizada ésta última que la primera.

En el arenado se realizan las siguientes prácticas culturales:

1) *Plantación*: ésta se hace mediante dos procedimientos. El primero de los cuales se le denomina asurcado y se realiza sin llegar a descubrir la tierra; es muy frecuente para la plantación del cebollino, aunque en la isla de Fuerteventura no se utiliza, sino que, por el contrario, se acude al método de «cazoleta», abriendo un hoyo en la arena hasta encontrar el suelo, procediéndose posteriormente a colocar la semilla y tapar nuevamente con picón.

2) *Estercolado*: es una labor delicada, ya que hay que evitar que la tierra y la arena (picón) se mezclen. De ocurrir esto, el arenado pierde todas sus cualidades; para lo cual se levanta la arena y se deja la tierra al desnudo, colocando una fina capa de estiércol sobre el suelo y volviendo posteriormente a tapizar éste con la arena.

3) *Escarda*: consiste en arrancar las malas hierbas que crecen junto al cultivo impidiendo o restándole vitalidad para su normal desarrollo. Ésta se puede dar bien a mano o por medio de un animal, que tira de una tabla cuya parte inferior lleva incrustada una lámina de metal. Cuando se hace a mano, se realiza con una azada pequeña, siendo la mujer la encargada de la labor, mientras que cuando se realiza con un animal es el hombre quien se ocupa.

4) *Recolección*: se efectúa a mano y casi siempre por mujeres y niños, aunque en ocasiones son ayudas por los hombres.

En Fuerteventura, junto con el arenado para el cultivo del tomate, se coloca la instalación del riego por goteo, constituyendo ambos un auténtico proceso renovador en el arcaico agro mayorero.

En definitiva, las técnicas agrícolas empleadas sobre el campo de «Herbania» (antiguo nombre de Fuerteventura) difieren notablemente. Si están destinadas a cultivos de pequeña producción mercantil, los áperos son tradicionales y se caracterizan por una ausencia de maquinaria, empleo de abundante mano de obra familiar y ganado (vacuno, mular y caballar) en las labores de preparado de la tierra y cuyo fin primordial es proporcionar la autosubsistencia al campesino.

Frente a estas explotaciones tenemos aquéllas cuya producción está orientada al mercado exterior (subcapitalista y capitalista) que se caracterizan por el empleo de riego por goteo, arenado de la plantación y dedicación casi exclusiva al cultivo del tomate; produciéndose, en este sentido, una verdadera renovación frente a prácticas empleadas en el pasado, fueron el cultivo sobre el propio suelo y el riego por inundación, que suponía aparte del desperdicio de agua y el consiguiente encarecimiento de los costos de producción, una productividad y rendimientos por matas inferiores. En este aumento de la propia productividad ha influido de manera importante el empleo de las semillas híbridas de gran poder de germinación y calidad del fruto. En Fuerteventura la más empleada, y casi única, es la Meltine.

4. LOS SISTEMAS DE CULTIVOS Y ASOCIACIONES: PERVIVENCIA DE PAUTAS TRADICIONALES JUNTO A LAS RECIENTES INNOVACIONES

El agro mayorero no se presta en absoluto al establecimiento de diferenciaciones en función de la altitud (costa, medianías y cumbre), como se ha hecho para otras islas del Archipiélago, por la escasa elevación de sus macizos (muy pocos sobrepasan los 600 m. de altura). De ahí que se imponga una tipología en función del sistema de secano y regadío, y del tipo de riego de las explotaciones.

Los cultivos, por otro lado, no se encuentran casi nunca asociados e intercalados sino constituyendo unidades. En cuanto a las rotaciones, son exactamente las mismas que en el resto del conjunto regional, es decir, trigo o cebada (cereales) por leguminosas con el fin de aprovechar sus rastrojos para los animales.

En cualquier caso, la isla presenta una agricultura cuya variedad de cultivos es limitada por las adversidades climatológicas.

Estos cultivos se destinan, en casi su totalidad, al autoabastecimiento o a la comercialización en el mercado interno habiendo experimentado en sus técnicas avances cuantitativos —al contrario, ha disminuido la producción y la superficie cosechada—, ni cualitativos, empleándose las mismas y arcaicas técnicas que en el pasado.

La gama de cultivos que a nivel «funcional» se denominan de «secano» es bastante amplia, ello por razones obvias, pues si una de sus principales funciones es la de proporcionar el autoabastecimiento al campesino, éste procura cultivar la mayor diversidad posible de ellos, aunque no asociado. Sólo en los bordes de las plantaciones de tomates encontramos asociados a éstos algunas hortalizas que planta el medianero para su subsistencia.

De las asociaciones —cuando las hay— las más corrientes son: cereales —hortalizas, leguminosas— hortalizas y cereales leguminosas. De estas asociaciones suelen beneficiarse ambos cultivos, aunque siempre hay uno principal y otro subor-

dinado, o bien puede darse el caso de complementaridad entre ambos, denominándose entonces «intercalar». Las principales razones de esta yuxtaposición viene motivada, fundamentalmente, por condiciones de carácter socioeconómico e histórico; tales como: las reducidas dimensiones del espacio agrícola del Archipiélago (aunque éste no es precisamente el caso majoreño), el extremado minifundismo, los regímenes de tendencia de la tierra (medianería, aparcería, etc...), que obligan al campesino a aprovechar intensivamente el reducido terrazgo. En cualquier caso, ello es una característica estructural de la agricultura precapitalista como señala Bartra: «... los estratos más bajos del campesinado sostienen una agricultura con altas tasas de autoconsumo» (Bastra, R., 1978).

Frente a estos aprovechamientos marginales —que coinciden generalmente con explotaciones inferiores a 1 Ha.— hallamos otros relacionados directamente con la mayor composición orgánica de capital y que se especializan en determinados tipos de cultivos, de los cuales se obtienen elevadas tasas de ganancias, tanto por la explotación de la mano de obra barata, de la que perciben una alta plusvalía; como por la comercialización de sus productos en mercados foráneos. Son explotaciones muy capitalizadas, generalmente conducidas en régimen de explotación directa.

En resumen, la asociación de cultivos no es general en la isla, como en otras del Archipiélago, debido a que hay suficiente terreno para dedicar al cultivo. La mayor parte de las tierras son aprovechables para explotaciones comprendidas entre 5 y 11 Has. Las pequeñas explotaciones tienen una orientación exclusiva de abastecimiento del mercado interno y del propio autoconsumo familiar. Por otro lado, las grandes explotaciones constituyen auténticos «latifundios», que en su mayoría aprovecha el ganado.

En cuanto a los sistemas de cultivos, los podemos dividir en precapitalistas, por un lado, y en subcapitalistas, por otro.

En los primeros debemos afirmar que los condicionantes climáticos y la propia «crisis» de la agricultura de subsistencia restringe, sobremanera, la gama de los cultivos que se desarrolla bajo esta forma de producción en el agro majoreño. Las

principales, por su extensión, son los cereales, aunque éstos se han reducido considerablemente con respecto al pasado. No obstante, es la cebada la que ha sufrido el mayor receso, motivado, en parte, por la aguda crisis que atraviesa la cabaña ganadera. Los garbanzos son la única leguminosa —grano que experimenta un alza, con una expansión de 115 Has.—; mientras que el resto de las leguminosas sólo mantiene una presencia testimonial.

CUADRO 1
SUPERFICIE Y EXPLOTACIONES DE 1968 Y 1984

Cultivos	1968				1984			
	Super. (Ha.) N.º	%	Explotación N.º	%	Super. (Ha.) N.º	%	Explotación N.º	%
Trigo	1.267	27,4	596	18,8	307	67,6	76	2,5
Cebada	2.314	50,0	983	31,0	8	1,8	5	0,2
Lenteja	—	—	—	—	—	—	—	—
Millo	41	0,9	49	1,5	10	2,2	—	—
Garbanzos	—	—	—	—	115	25,3	—	—
Otras legumin. ...	423	9,1	585	18,4	—	—	—	—
Papas	28	0,6	156	4,9	10	2,2	—	—
Alfalfa	133	2,9	270	8,5	—	—	—	—
Hortalizas inclui- do tomate	421	9,1	533	16,8	—	—	—	—

Fuente: S.E.A. (Fuerteventura). Elaboración propia.

Las papas reducen igualmente su superficie a menos de la mitad, cultivándose únicamente las variedades extratempranas y tempranas. La producción se destina exclusivamente al mercado interno.

Las hortalizas, si excluimos el tomate, representan unos exiguos porcentajes en la producción final agraria.

Por último, resaltar que la distribución de éstas por las islas no es homogénea. Los cereales y leguminosas están mejor representados en el Norte (municipio de La Oliva); mientras en el Sur priman las hortalizas y, sobre todo, el cultivo del tomate. Asimismo, la superficie de forrajes es ostensiblemente mayor en esta comarca que en la anterior.

Por lo que respecta a los sistemas de cultivo subcapitalista y capitalista cosechan una gama de cultivos muy reducida, el principal es el tomate, y en menor medida, la alfalfa y los nuevos cultivos alternativos (jojoba y espárragos principalmente).

5. TÉCNICAS DE CULTIVO CAPITALISTA: EL EJEMPLO DEL TOMATE

El tomate se reproduce mediante semillas que son sembradas en semilleros (primero se hacía en un terreno acondicionado para tal fin, hoy en invernaderos con bandejas de corcho por el sistema del «enanismo»), para luego ser trasplantadas las matas al terreno donde termina su crecimiento y se recoge el fruto.

El semillero, como ya mencionamos, ha evolucionado a lo largo del tiempo. Tradicionalmente el semillero se realizaba cada año en un lugar distinto. Se comienza a sembrar entre finales de julio y mediados de agosto. Se situaba en un lugar bien aireado y soleado. Se realiza mediante «pocetas» que reciben el nombre de «eras», oscilan por lo general entre 1 y 1,20 m. de ancho, por 2 a 3 m. de largo. En la elección se pone especial cuidado de que anteriormente no haya sido utilizado para el cultivo de tomates y otras solanáceas, pues, es muy probable que estos terrenos conserven los nemátodos de la cosecha anterior. Si esto no es posible, se le da un riego profundo quince días antes de la siembra, mezclando el agua con un nematocida. Posteriormente (aproximadamente 10 días) se realiza una labor de escarda para eliminar las malas hierbas.

Se incorpora a continuación una serie de abonos y fertilizantes:

- a) 2,5 Kg./m.² de estiércol.
- b) 1,0 Kg./m.² de superfosfato de cal.
- c) 0,5 Kg./m.² de sulfato potásico.

Tras ello se repica el terreno con una labor de «azada» para enterrar el abono y luego pasar a allanarlo. A partir de este momento el terreno ya está preparado para recibir la semilla.

Se procura que los terrenos no sean demasiado fértiles, con el fin de evitar un desarrollo rápido de la planta, pues, en caso contrario, los tejidos serían blandos y fácilmente atacables por enfermedades y plagas, aparte de estropearse durante el trasplante. A diferencia del plátano, el tomate no precisa una transformación tan profunda del suelo. Ello se explica por varias razones: menores exigencias de la planta y variación de la superficie de un año para otro, tanto por el carácter estacional del cultivo. Como por su dependencia de la demanda de los mercados extranjeros (Villalba, E., 1980).

Las semillas, en un principio, fueron importadas de Inglaterra. En las últimas campañas es Holanda el principal abastecedor de tal producto. Esta importación se explica por la propia degeneración de las semillas tras su cultivo.

La siembra se realiza a «voleo», empleándose de 5 a 6 g. de semilla por m.², lo cual produce más de 1.500 plantitas. Una vez realizada la siembra se cubre con arena de barranco muy fina (limo) o con arena de jable, conformando una fina capa de 1 cm. de espesor, a continuación se riega, generalmente a manta (inundación), aunque debido a la carencia y carestía del agua, en los últimos años se ha impuesto el hacerlo con un regador con agujeros muy finos y agua de potabilizadora, para evitar el arrastre de las semillas, por un lado, y lograr, por otro, el más alto porcentaje posible de «nacencias». Después del primer riego se cubre el semillero con hojas de palmera, que se retirarán por la noche para evitar el recalentamiento del jable o la tierra. Se riega normalmente dos veces al día, una por la mañana temprano y otra por la tarde cuando el sol llega a su ocaso, hasta que la semilla «revienta» y ha salido la plantita. A partir de este momento, sólo se riega una vez, se añade un poco de paja seca que se extiende sobre la superficie del semillero, con el fin de que al desaparecer el agua impida el recalentamiento de la arena y de la planta joven.

Cuando la planta ha conseguido una altura de varios centímetros, los riegos se distancias (cada 7 u 8 días).

Conjuntamente con la plantación del semillero se construye alrededor de la «era» una estructura de varas y cañas para colocar «arpilleras» y hojas de palmera como protección con-

tra el sol y el viento, pero cuidando que haya siempre buena ventilación.

Lo aconsejable de la semilla es que se empleen en una sola zafra, pero dada su carestía (4.000 ptas./m.²) no se suele importar todos los años, desinfectándolas con productos anti-criptogámicos, que las recubre de una película protectora, los productos utilizados son el oxiclورو de cobre y el carbonato de cobre.

El tiempo que media entre la siembra y el trasplante es de 40 días aproximadamente, utilizándose el semillero en los meses de septiembre, octubre y en menor medida en agosto. Esta forma de cultivar tomate presentaba una serie de problemas como eran el desaprovechamiento o pérdida de un buen número de semillas, ya que con un kilogramo de éstas se podría plantar aproximadamente de 25.000 a 30.000 plantas.

En cualquier caso, el sistema anteriormente descrito ha sido abandonado y sustituido, en principio, por la plantación de semillas en «turba». Las semillas se introducen en una máquina adaptada a tal fin, y de ésta se obtiene un bloque de turba con las semillas insertas y preparadas para el trasplante. Este segundo sistema rápidamente quedó obsoleto.

En la actualidad, se utiliza el sistema de «bandeja» compartimentada, cuyas medidas son de 70 × 40 y que acogen a 275 semillas, desarrollándose éstas por el revolucionario sistema de «enanismo». Consiste en colocar la semilla en un recipiente o «cajetón» de la bandeja, donde previamente se ha depositado la turba. La planta sólo desarrolla sus raíces que crecen muchísimo (Foto 3). Sin embargo, el tallo no crece en altura pero sí se fortalece, esta técnica nueva permite controlar el crecimiento de la planta durante el mes que está en el semillero: la «era» ha sido abandonada igualmente en favor del invernadero, que utiliza el sistema de riego localizado («aspersión» de una lluvia muy fina para que no dañe el tallo y las hojas de las pequeñas plantas, regándose una vez al día, siendo por lo tanto el consumo de agua menor que en el sistema tradicional. El consumo de turba, y de todos los elementos que constituyen el capital circulante, es menor. Únicamente las inversiones de capital fijo son mayores, pero quedan rápida-

mente amortizadas por el inferior coste de producción frente al sistema tradicional. Este sistema se está imponiendo en la isla con una fuerza realmente abrumadora y no es de extrañar que en muy pocos años todos los semilleros se realicen bajo dicho sistema, por las obvias ventajas que el mismo ofrece.

En Fuerteventura, en lo que a preparación del terreno de asiento respecta, la plantación se realiza cada año en un terreno distinto, para evitar que el mismo se «ensalitre» debido al alto contenido en sales del agua de riego y también para ahorrarse los gastos de desinfección que conlleva el realizar varias «zafras» sobre un mismo terreno.

Aproximadamente con un mes de antelación a la preparación del semillero, abril-mayo, se le da un riego de nematocidas, 250 litros de vapon y 20 litros de D.B.E., aunque esto no es exclusivo, pues, si el terreno hace mucho tiempo que no se utiliza, o por vez primera, no es necesario.

Una labor imprescindible es la «arada» en la que conjuntamente con el movimiento de la tierra se le incorporan: de 10.000 a 15.000 Kg. de estiércol de ganado caprino por Ha., de 100 a 500 Kg. de superfosfato de cal por Ha., y 200 ó 300 Kg./Ha. de sulfato de potasa. No obstante, estas cantidades pueden variar sensiblemente de unas fincas a otras por los precios que alcanzan en el mercado en el momento de la plantación.

Posteriormente se «allana» el terreno, para ello antes se utilizaba una yunta de bueyes o vacas. En la actualidad, en muchas explotaciones se ha introducido pequeños tractores, esto ocurre si se planta en «arenados» o se utiliza el riego por goteo; sino lo que se realiza con el arado son una serie de surcos paralelos sobre los cuales se plantan las matas, si bien este segundo sistema ha caído en desuso en la actualidad, y sólo lo podemos encontrar en las zonas más marginales, aquí el riego es por inundación lo cual encarece ostensiblemente los costes de producción. Los surcos suelen ser de 10 a 12 m. de largo por 0,5 m. de alto, dejando una distancia entre surco y surco de un metro aproximadamente, que es utilizada como pasillo para la recogida y cuidado de la fruta. Antes de la siembra y el trasplante se realiza un riego copioso para facilitar la penetración del estiércol.

El «arranque» de las plantas del semillero para ser trasplantada se procura hacer en los días sin sol, y en las primeras horas de la mañana o a últimas de la tarde, con el fin de que las raíces no se recalienten. A medida que se arrancan se realiza una selección, rechazando aquéllas que presentan síntomas de enfermedad o mal desarrollo. En la labor de trasplante podemos distinguir dos modalidades igualmente: la tradicional y la innovadora.

En la primera, el trasplante está en función de la calidad del agua de riego. Con aguas de bajo contenido en sales, se realiza el trasplante entre los meses de agosto y septiembre; mientras que con aguas de mala calidad ocurre por octubre.

Para facilitar la extracción de las plantitas del semillero, y no romper la raíz, se da un riego muy abundante, se eligen como es lógico aquellas plantas con entrenudos cortos y que no presenten anomalías en las raíces, depositándolas sobre un saco, previamente humedecido y resguardándolas del sol. En el caso de arrancar más plantas de las que se puedan trasplantar, las sobrantes se colocan en un recipiente que se introduce en el pozo sin llegar a estar en contacto con el agua, así permanecen hasta el momento de ser trasplantadas. Éste se realiza generalmente al atardecer, pudiendo hacerse, bien con previo riego, o bien en seco. En el primer caso, se da un riego antes, para saber a qué altura debe introducir la planta. Lo que más abunda es el segundo caso, es decir, el trasplante en seco, sobre todo, por el consumo de agua que supone, ya que éste constituye un coste elevado en el proceso productivo.

En ambos casos, un operario coloca sobre el surco y a la distancia adecuada las plantas, mientras un segundo hombre realiza un agujero con la azada, colocando la planta y apretando la tierra con la misma; constituyendo el marco de plantación de un metro de largo por cincuenta o sesenta centímetros de ancho. Terminada la plantación se riega muy brevemente y termina de completarse a primera hora de la mañana siguiente; luego se mantiene sin regar por espacio de ocho a quince días, con el fin de favorecer la emisión y «agarre» de las raíces. La parcela se rodea a veces con cañizos y entramados de varas y hojas de palmera unidas por alambres, que actúan a modo de

cortaviento, pues éste es muy perjudicial, sobre todo, en los primeros momentos de la plantación debido a la debilidad de los tallos, pudiendo destrozar plantaciones enteras, a partir tallos, derribar caballetes, etc... Por ello hay que recurrir a estos cortavientos, generalmente más ligeros que los utilizados en las fincas de platanera. Hoy día, estas «empalizadas» de caña y de hojas de palmeras están empezando a ser sustituidas por cortavientos de plástico, más económicos y efectivos. Como bien apunta el profesor Quirantes: «... los cortavientos en el cultivo del tomate son eficaces a distancias comprendidas entre cinco y doce veces su altura, disminuyendo progresivamente tal protección, hasta no llegar a producir ningún efecto, a una distancia igual a veinte y cinco veces la altura del cortavientos» (Quirantes, F., 1982). Conjuntamente a esta razón de carácter ambiental se le suman otras como son el carácter estacional de dicho cultivo y las fluctuaciones anuales de la superficie cultivada, lo que impide, en cierto modo, que se realicen excesivos gastos sobre un terreno que no va a ser utilizado de forma intensiva, sino de manera estacional y ocasional. A ello se le suma otro factor, como es el régimen de tenencia de la propiedad; generalmente la explotan cosecheros que no poseen la propiedad de la tierra y que son, al mismo tiempo, los dirigentes de las firmas exportadoras.

En cuanto al trasplante, en la actualidad, consiste en obtener las plantitas de las mencionadas «bandejas» por el sistema del «enanismo» y ser trasvasadas directamente a la parcela, constituyendo el riego posterior y la preparación del terreno con estiércol, arenado y riego por goteo las labores de esta innovadora actividad; cultivar bajo este sistema ofrece una serie de ventajas y resulta bastante económico con respecto al sistema anterior, tradicional, por el mayor porcentaje de aprovechamiento de las semillas. Las mermas por innacencias y por deterioro son bastante menores. La comodidad y ahorro de horas de trabajo y mano de obra también son notables. Este sistema de bandejas es muy práctica, pudiendo llevar cada una hasta 247 plantas.

Tras la labor de trasplante, cuando las plantas están suficientemente desarrolladas, se impone en el sistema de surcos

las labores de «sacha» y «aporcado», que consiste en arrimar tierra a los tallos, mezclada previamente con abono. Éste era un problema que hasta hace poco tiempo tenía el agricultor mayorero, pues no existía una cantidad fijada durante la zafra, teniendo cada uno su propio método a «ojo de buen cubero» sin realizar, previamente, análisis del suelo para determinar la falta de estos elementos. Con todo, el problema del cultivo se achacaba a la falta de fertilizantes y nunca se plantea que pudiera existir un exceso de los mismos, dándose la paradoja de que muchas veces unos «inputs» tan caros eran despilfarrados sin ninguna necesidad.

Hoy día, con la introducción generalizada y aceptación del riego por goteo, las fórmulas del abonado comienzan a seguir unas pautas determinadas. Así, desde el trasplante hasta la recogida de los primeros frutos y cada dos riegos, se aporta a la tierra mezclada con el agua:

- 60 Kg./Ha. de sulfato amónico;
- 90 Kg./Ha. de superfosfato de cal;
- 50 Kg./Ha. de sulfato potásico;

y durante el resto de la temporada termina por aplicársele:

- 50 Kg./Ha. de sulfato amónico;
- 80 Kg./Ha. de superfosfato de cal;
- 70 Kg./Ha. de sulfato potásico.

Estas cantidades dependen de la calidad del agua de riego y de los análisis que por supuesto de la tierra se hayan efectuado.

Los riegos, si el sistema es por surcos, se realizan cada ocho días, dependiendo, sobremanera, de las condiciones climáticas, con el fin de reforzar el sistema radicular de las plantas. El agua, como hemos tenido ya ocasión de comprobar, es un bien escaso en Fuerteventura, llegándose incluso a convertirse en práctica común la compra de agua de las potabilizadoras a precios prohibitivos, para ser posteriormente mezclada en estanques con agua de pozo y, de esta manera, rebajar la

salinidad de las mismas. Por ello, la implantación del riego por goteo en la actualidad es casi unánime, debido al ahorro que supone el preciado recurso. Este sistema es enormemente provechoso, pues no sólo reduce considerablemente el consumo, sino además dicho sistema aminora la tensión de la planta, mantiene la humedad y puede operar con altos índices de salinidad.

El «entutorado» o «latada» es necesario por ser el tomate una planta herbácea de tallo débil, así pues es necesario fijarla y sujetarla a caballetes o «tutores» para que crezca en vertical y los frutos no se dañen con el roce de los terrenos —cosa que, por otro lado, no ocurre en la vecina isla de Lanzarote donde el tomatero crece a ras del suelo, pero en este caso el cultivo no tiene una salida exterior en la venta de sus productos— y con la fuerza del viento.

Los tutores consisten en una serie de cañas y varas entrelazadas de la manera siguiente: las varas se colocan de forma vertical, mientras que las cañas lo hacen de manera horizontal, formando un cuerpo triangular, donde se ata posteriormente con una «soguilla» (rafia) los tomateros. El «entutorado» se coloca después de la labor de sacha en el caso del sistema tradicional. En cambio, en el invernadero o sobre arenado cuando la planta ha alcanzado los 15 cm. de altura. A continuación se riega para facilitar la operación, pues como hay que mover la planta para que la tierra que tiene fijado el tallo no lo dañe, y sea más maleable.

Cuando el almacén indica que el estado de la planta es el propicio comienza la recolección. Los frutos se recolectan con el pedúnculo, partiéndose por la articulación que presenta entre el fruto y el tallo. Éstos son arrancados cuando comienza a «virarse» de color, es decir, cuando deja de tener el color verde y pasa al amarillo, para que termine de madurar durante la manipulación en empaquetado y, durante el tiempo de viaje, llegando a sus lugares de destino casi maduros. Los frutos son recogidos de la planta y depositados en cubos o cajas de madera directamente para luego colocarlos al borde de la plantación, realizándose aquí una primera clasificación, entre el medianero y el dueño de la plantación; se desechan todos aquellos frutos

que se encuentran en mal estado (demasiado maduros, con rajaduras, y los que presenta calibre inferior al mínimo exportable en ese momento). Una vez realizada esta primera clasificación se colocan los frutos al borde del camino «entongados» en cajas de 25 Kg., son recogidos por camiones transportándolos al almacén de empaquetado.

Cada cosechero tiene asignado un número con el que se marcan las cajas en el momento de introducirlas en el camión, para evitar así posibles confusiones. La recolección se lleva a cabo en dos días y es efectuada por las mujeres y los niños del medianero o del cosechero, comenzando al alba y extendiéndose hasta el mediodía.

En cuanto a las variedades cultivadas en Fuerteventura se puede resumir en dos: tomate de semilla normal y tomate de semilla grande.

El primero lo componen en la isla la variedad «Stonnor» y la «Meltine». Hoy día, esta segunda variedad es la que se cultiva exclusivamente en Fuerteventura en detrimento de la primera.

5. CONCLUSIONES

Los factores físico-ambientales constituyen un importante condicionante para el desarrollo de las técnicas y sistemas de cultivo en la isla. No obstante, este inconveniente natural no llega a constituir una causa determinante para el desarrollo de las fuerzas productivas y las particulares formas de producción. Son, pues, sus específicas relaciones sociales y de producción las que verdaderamente determinan en última instancia la actual Formación Social Majorera, donde el modo de producción dominante es el capitalista —a pesar de que su impacto espacial es mínimo— que se encuentra a su vez articulado con formas de pequeña producción mercantil y subcapitalista cuyas funciones principales son la reproducción de una mano de obra barata, que permite el sostenimiento de las familias campesinas.

En cualquier caso, la generalización del M.P.C. en la Formación Social Canaria y por ende en la Majorera ha permitido un

importante cambio en las mencionadas técnicas del cultivo y, consiguientemente, en los sistemas de cultivo, lo cual lleva aparejado una clara diferenciación espacial en la misma.

En efecto, el área septentrional (Pto. del Rosario, La Oliva e incluso Betancuria) están fundamentalmente destinadas a cultivos propios de subsistencia y abastecimiento del mercado interno mientras el Sur y buena parte del Este (Tuineje, Pájara y en menor medida Antigua) están destinadas al cultivo del tomate, único de clara incidencia capitalista y con un notable desarrollo de las fuerzas productivas, en general, y de las técnicas de cultivo en particular, tales como: la generalización del riego concentrado por goteo, la introducción de híbridos (Meltine) altamente productivos, etc.

En definitiva, la Formación Social Majorera mantiene una posición de auténtica periferia dentro del conjunto del Archipiélago, no sólo en la actualidad sino a lo largo de estos últimos cinco siglos de historia; constituyendo, precisamente, ésta última característica con las aludidas relaciones sociales y económicas, los factores que explican, fundamentalmente, el estado de la agricultura en la isla.